

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXI

Marzo de 1944

Núm 225

Puntos de vista

Esperanza del nuevo año

SE inician de nuevo las actividades en todos los sectores de la colectividad. Esta fecha que puede parecer una simple rasgadura del tiempo sobre la arena movediza del destino humano, es sin embargo importante. Se ha convenido en creer que siempre la iniciación de las tareas trae también en sus vibraciones, una voluntad nueva de trabajo y de esfuerzo. Los veranos son el reposo para los hombres de las ciudades y Marzo simboliza la actividad ya madura, el otoño que entrega su carga de esperanzas en sazón. El otoño da algo así como una confianza ponderada. Todo ha resultado como se esperaba, pues el tiempo tiñe de un oro tan vivo el campo, que ello sólo basta para alegrar con una melancolía suave el corazón de la humanidad enfermo de inquietud y de desesperanza. Y esto es lo que nosotros pensamos de este nuevo año: que su iniciación y su curso habrán de ser los del fin de la brutalidad que el mundo civilizado sufre desde hace varios años.

La guerra lo ha desequilibrado todo. No es esto una observación nueva. Es la confirmación de un fenómeno que vemos actuar en todas partes, en la voluntad y en la moral de los hombres. La guerra lo ha desequilibrado todo, con perjuicio para la concepción de la vida. La repercusión que la guerra en Europa y otros continentes, ha tenido sobre los pueblos pacíficos que no intervienen directamente en ella, es tan profunda, tan decisiva, que puede afir-

marse que todo ha cambiado en la mentalidad y en la manera de hacer frente a las contingencias de la lucha por la vida. La moral ha cambiado; han cambiado los pensamientos, se ha derrumbado el amor a la reflexión, y todo, está teñido, influenciado por la brutalidad y por el altanero orgullo que nace de la destrucción. El hombre pacífico ya no actúa como tal, sino como un resentido o un amargado o como un ser para el cual todo desagradable le está permitido. Si el continente de la civilización o de la cultura, no ha sido capaz de salvaguardar los tesoros del arte ni ha podido evitar la matanza o la destrucción de ciudades florecientes o lugares de arte único en el mundo, ¿que se puede esperar de la reflexión en países que viven de la imitación, como son los del nuevo continente? Si en el viejo nada tiene valor, sino la destrucción y nada es sobrado fuerte para acallar los odios y la violencia, cómo se puede confiar en que las razas más vírgenes, cuya tradición filosófica es nula y cuyo concepto de la vida interior es limitadísimo, sean capaces de salvar su espíritu en esta hora de desequilibrio y de catástrofe? Este es el temor que nos asiste y esto es lo que nos hace esperar que la iniciación del nuevo año, en lo que se relaciona con las actividades, sea el año de la esperanza y del término de la brutal hecatombe que el mundo sufre. A tal grado ha llegado ya el horror europeo, que las masas americanas, se han vuelto indiferentes a todo lo que allá ocurre y la destrucción en lugar de sobrecogerlas, las deja frías. Es limitado el número de los que se conduelen de la pérdida de los tesoros; limitado el número de los que se entristecen por la pérdida de tantas vidas y limitada la cifra de los que agonizan, espiritualmente, con el sufrimiento y la agonía de los hombres de ciencia y sabios o pensadores de Europa. La noticia de la muerte de un ser de calidad apenas conmueve. Y el arrasamiento de ciudades anti-*quísimas*, de monumentos de gran valor, no arranca sino exclamaciones anodinas o palabras sin sentido.

Las generaciones de América Hispana están pues siendo las víctimas más tristes de la situación de horror de Europa. La men-

talidad de ellas ha variado o cambiado en forma que no augura sino días penosos: la indiferencia, el escepticismo, la falta de interés por el estudio, por la reflexión, la ausencia de grandeza en el concierto de la vida, constiuyen fenómenos alarmantes que no pueden ser mirados sino con legítimo temor.